

A VECES

A veces hurga en los cimientos,
húmedo, el viento del otoño.
Un eco, apenas perceptible,
de gestos rotos y oquedades
por las penumbras del hastío
vaga y, sutil, se resquebraja
la solidez del edificio.

La noche avanza apelmazada,
penetra el frío en las columnas,
ronda el vacío de la nada
y la mirada pusilánime
ante el espejo se desploma.
Intuye entonces la conciencia
la soledad que, inevitable
tras el jardín, paciente espera,
la cara inversa del placer
configurándose en la bruma,
y la certeza de lo efímero
e irracional de la existencia.

Cuando magnífica proclama
la primavera su presencia,
un halo de honda plenitud
desde las cloacas emerge,
torna el cansancio de la acera
en luminosa sinfonía,
y desmorona sin esfuerzo
la anquilosada oscuridad
que, en el silencio de los sótanos,
inaccesible gobernaba.

Se despereza la mañana

surcando nuevos horizontes,
la luz revela su secreto
en la aridez muda del Metro,
entre sonrisas y murmullos
los ascensores reverdecen,
y el reloj niega su tenaz
intransigencia de notario.

Pospone entonces la ciudad
su vocación de anacoreta
y las pasiones se desatan
en las campiñas y arenales,
desvanecidas lentamente
por el letargo de los cuerpos,
al extender el sol sus alas
e interpretar, triunfal, su danza.

A la deriva, días de invierno (2005-2014)

Jesús Claver Giménez